

EL ILLUMINADO

DE LA RAZON

PERIÓDICO LITERARIO

Diciembre 3 de 1883.

MONTEVIDEO.

Vol. I.--Núm. 18.

EL CRÍMEN DE BERNARDINO

(TRADUCIDO DEL FRANCÉS)

I.

ESTABAN los tres sentados en los bancos del tribunal del Crimen. El, el marido, Juan Morel, una cabeza de bruto: ojos negros, fijos, con esa mirada concentrada que la reflexion no ilumina nunca. Ella, la mujer, Albertina, especie de modistilla parisiense, carita chiffoné, rubia, con ese rubio súcio de los linfáticos. La tez pálida estaba salpicada aquí y allá de pequeñas chapas rosadas. Los delgados labios dejaban ver, al entreabrirse, pequeños dientes finos, agudos y blancos. Vestía con sencillez, pero con coquetería. Para la mujer, un teatro, cualquiera que sea, es siempre un teatro. Y no por no ser la Opera se le ve ménos á uno en el tribunal de Assises. Y además, se hablaba tanto de Albertina Morel en los periódicos! El crimen de Rueil conmovia tanto la opinion!

El tercer acusado, Bernardino Morel, era hermano de Juan, cuñado de Albertina. En el gran drama que el Jury iba á poner en claro, el desgraciado Bernardino tenia el papel secundario de personaje sacrificado, y ocupaba, por consiguiente, un lugar muy inferior en la estimacion de público.

No así Juan y Albertina que apasionaban muy diferentemente á la multitud. Un marido celoso que mata al amante de su mujer dándole de golpes con una barra de hierro y lo arroja al agua, no puede ser un asesino más interesante, sobre todo cuando ha tomado bien sus precauciones! ¿Es acaso culpa suya si el cadáver obstinado viene á presentar el crimen á la faz de un cielo de invierno?

A Albertina encontrábasela también interesante, como que aparecía ayudando al marido á matar á su propio amante. Y además, los fieles reporters contaban tantas historias curiosas, citando uno por uno los menores detalles de su vida! La tarde misma del crimen, comían los tres en el restaurant del Padre Virjilio, y ella revelaba una alegría particular; bebía champagne en abundancia y no le faltaban buenas ocurrencias.

¡Una heroína de novela! Y hasta mujeres habia que tenian la fotografía de Albertina, castamente apoyada en el hombro de su marido. Del restaurant los tres se trasladaban á la estacion del Oeste, donde debía cometerse el crimen, después famoso.

¡Pobre Bernardino! Cómo se adivinaba el desprecio público que sobre él pesaba! Todo el mundo esperaba el veredicto que iba á pronunciar el Jury, encerrado tras de la amenazadora puerta. Todos estudiaban la emocion pintada en la fisonomia descompuesta de Juan, en las mejillas lívidas de Albertina. Pero nadie se dignaba ocuparse de Bernardino.

¿Qué era él en suma? Un cómplice vulgar, como habia obrado sino por amor fraternal. No tenia el privilegio de ser un Otelo de arrabal ó una Desdémona de trastienda, como los otros dos; Se le condenaría, ¡seria bien hecho!

Sin embargo, un psicólogo hubiera estudiado con interés la

cabeza de aquel individuo. La cara lampiña, flaca, hundida, tenia un aspecto extraño. Los ojos grises oscuros, miraban concierta penetracion. El busto, delgado, no carecia de elegancia. De tiempo en tiempo movia las delicadas manos, como sacudidas por un rápido temblor nervioso.

En el fondo de los ojos de aquel Bernardino desdénado, vivia un pensamiento. ¿Cuál? Poco le importaba al auditorio del tribunal de Assises.

Y cuando se abrió la puerta del fondo para dar paso á los jurados, cuando todos los presentes lanzaron un suspiro de emocion, como el del patio de un teatro en el quinto acto de un drama, todas las miradas se clavaron en el marido y la muger nada más. ¿Los habian condenado? ¿Cuál era su pena? ¿La muerte? ¡Oh crueldad! No. La muchedumbre inteligente esperaba aún las circunstancias atenuantes. Un destierro que reuniera en Nueva-Caledonia á dos esposos que tan bien se entendian. El amor hallado en el crimen y el presidio borrando el adulterio: ¡linda familia para servir de ejemplo á los canaques!

Después del veredicto del jurado, la corte pronunció su fallo. Enviaba á Juan Morel á trabajos forzados y á Albertina á una casa central. ¡Desventurado marido; mujer no menos desgraciada! Iban á separarse para siempre. Algunas almas sensibles se conmovieron, no pocos lindos ojos se humedecieron. En cuanto al vulgar Bernardino, le despreciaban un poco más que ántes. Le habian absuelto pura y simplemente. Vuelto á poner en libertad, este hombre no merecia siquiera que el público más espiritual de la tierra fijase en él un instante la atencion.

II

Cuando Bernardino se encontró solo en el malecon, se bamboleo al principio como un ébrio. ¡Eran tantos los meses que acababa de pasar en la prision! Durante tantos dias y tantas noches sus miradas no habian tropezado mas que con las paredes siempre parecidas de su celda impasible. El aire libre le embriagaba. El alegre sol de Junio no escaseaba sus rayos vivificantes. Pasaba la gente por el Ponu-ant-Change y el boulevard del Palacio, riendo ó charlando de sus negocios. Bernardino Morel seguía inconscientemente á los transeuntes: Se metía en la muchedumbre, extrañándose de que no le conocieran. Oía hablar á estos y á los demás allá, y le sorprendia el pensamiento de que pudiesen hablar de otra cosa que del crimen de Rueil.

Antes de que su amor fraternal le mezclase en el tenebroso drama que pesaba sobre su vida, era un sencillísimo empleado. En 1872 habia recibido una modesta herencia, que le daba mil doscientos francos de renta anuales, y se retiró á una pequeña habitacion compuesta de tres piezas en un sexto piso quai Voltaire. Se levantaba al amanecer y se iba á buscar libros viejos, paseándose por los malecones, hasta la hora de ir á su oficina. Sentábase algunas veces en un banco y mataba el tiempo leyendo el libro viejo que acababa de comprar. No se crea que buscaba los libros raros. Adoraba las novelas del primer imperio y de la restauracion: esos libros de tapas rojizas, llenos de beata sentimentalidad, en que los héroes hablan un lenguaje extravagante. Después compraba *Le Petit Journal*, del cual solo leia el

Lo guardaba cuidadosamente en el bolsillo: era el regalo de la noche, la recompensa de los trabajos del día. Iba a su oficina, trabajaba como un esclavo, almorzaba con un panecillo y un bocado de leche, y a las cinco de la tarde, se encontraba libre.

Abandonábase entonces a lo que él llamaba «los goces de familia». Caminaba hasta casa de su hermano, comerciante en pequeño de la avenida de Neuille. Allí, en la trastienda, comía con Juan y Albertina, y acababa el día que honradamente había empleado en una honrada partida de dominó. Luego se volvía al quai Voltaire, a pie siempre, no permitiéndose jamás el lujo de tomar el omnibus. Se acostaba y leía el folletín, después de lo cual se dormía tranquilamente para volver a empezar al siguiente día. Jamás pasaron por su cerebro pensamientos extraños. Quería a su hermano y a su cuñada; pero nunca hubiera concebido que un drama cualquiera fuera a turbar la vida de aquellos dos seres, tan unidos en apariencia. Cuando por casualidad no encontraba a Albertina en la casa, por la noche, le decía a Juan.

—Conque, ¿no está tu mujer?

Y se ponía a jugar al dominó sin ninguna inquietud, sin ver el entrecejo de su hermano.

Cuando menos lo esperaban, estalló el drama, lo cual causó a Bernardino profundo estupor. Se cambiaron entre los esposos palabras duras, luego reproches mutuos, y en seguida violencias. Un domingo, Bernardino vio a su hermano en un estado de grande excitación, el tendero le tomó por el brazo y con voz sorda, jadeante, le dijo:

—Mataré al amante de mi mujer: ella acabará mal.

Bernardino dijo para sus adentros, al retirarse aquella noche, pero sin extrañarse, sin embargo, gran cosa:

—Mal anda esto, muy mal.

Ya habla leído eso en las novelas de madame Cottin y en los folletines de su diario. La aventura no le parecía nueva. Una mujer engaña a su marido, el marido quiere matar al amante de su mujer. Está en el orden natural de las cosas. Todo folletín que se respeta ha contado una historia parecida. Lo único que Bernardino sentía es que sucediese con su familia.

Y cuando tuvo que ayudar a Juan Morel a cometer el crimen, Bernardino obedeció, como debe hacer un ser poco inteligente, muy afectuoso, nervioso y muy sosegado: es decir, dócilmente, pero suspirando al recordar su vida pacífica, que turbaban por tan poca cosa.

Ya se acababa aquella vida tranquila. En la cárcel empezó para él una nueva tortura. Aprendió a saber lo que era el pensar. Ya no le distraían las novelas, los dramas de folletines no le interesaban ya. Su novela, su propio drama únicamente lo preocupaban. A cada minuto, a cada segundo, revivía en su memoria la horrorosa tragedia en que se le había precipitado brutalmente; revivía el crimen en sus más mínimos detalles. Y poco a poco, un pensamiento extraño se deslizaba en esa alma, oscura hasta entonces, así como un rayo de sol se infiltra en una estancia cerrada. ¿Había tenido derecho de ayudar a su hermano? ¿Era culpable moralmente o no? Este pensamiento punzante no le abandonaba. Ya no podía dormir. Su sistema nervioso se refinaba, y en aquel cerebro enfermo empezaba a desarrollarse algo que se parecía a la inteligencia. Pasaba las noches en claro; los días eran interminables para él. Y era el mismo suplicio renovado sin cesar por el remordimiento que nacía en su alma que empezaba a reflexionar.

Cuando llegaron los debates del proceso, ya no era el mismo hombre. El modesto empleado se convertía en un ser impresionable y nervioso. Contestó claramente todas las preguntas que le hicieron, sin tratar de mentir, ni de escusarse. Y cuando volvió a verse libre después de la absolución, creyó salir de una larga pesadilla. Había pasado súbitamente de una gran oscuridad a la plena luz. El nombre desconocido de Bernardino Morel se había hecho célebre del día a la noche. El telégrafo había transmitido

aquel nombre a todas partes. Se había impreso en todos los diarios del globo. Y Bernardino Morel creía que todas las personas que encontrara llevarían en los labios aquel nombre, que todo el mundo se ocuparía del crimen de Rueil, y que nunca podría desunirse de tan espantosa tragedia.

—No, ya no era el de seis meses antes!

Volvió lentamente, siguiendo el Sena, a la pequeña habitación del quai Voltaire. Nada había cambiado en su casa. En las paredes, los mismos estantes de madera blanca que le servían de biblioteca; en el fondo, la estrecha cama de hierro; diseminados, aquí y acullá, los muebles acostumbrados; la butaca de *moleskine*, la mesa, la caja de dominó. En un rincón una colección de folletines del *Petit Journal*. Y a pesar de todo no se hallaba. Era otro hombre, más delgado de cuerpo, y con el alma transformada.

En el primer momento tuvo una impresión deliciosa: la de acostarse entre sábanas frescas, entre otras sábanas que no eran las de la prisión; luego de sentir que un vago embotamiento se apoderaba lentamente de todo su ser. Poco a poco se le fué adormeciendo el cerebro, se desestiraron sus nervios, y por primera vez en seis meses, Bernardino se durmió profundamente.

III

Inmediatamente se apoderó de él una pesadilla espantosa. Soñó con el crimen, exactamente como había pasado. Comía en casa del viejo Virgilio, con su hermano y su cuñada; luego tomaba el tren de Rueil; después acechaban al desgraciado. Le mataban golpeándolo con una barra de hierro; llevaban el cadáver en un carrito hasta el Sena, y allí echaban el cuerpo al río. Toda la noche le dominó aquella pesadilla. Al despertar por la mañana estaba bañado en sudor, molidos los miembros, ajitado por la fiebre. El calor del sol le calmó poco a poco. Salió y se dirigió hacia el Bois-de-Boulogne. Tenía necesidad de aire fresco, de la vista del verde, del olor penetrante de las ramas cubiertas de rocío.

Aquel paseo le alivió mucho. Estuvo tranquilo hasta las cinco de la tarde. Entonces, sin darse cuenta de nada, se sintió muy agitado. Encontrábase a la sazón en el extremo del Bois-de-Boulogne. Miraba, sin verlos, los carruages elegantes que iban y volvían. Pero todos los gozos parisienses le rodeaban en vano. Se operaba en su interior un trabajo sin que él se apercibiera de ello. Subió maquinalmente por la avenida, ganó el boulevard de los Batinolles, y una vez que hubo llegado a la barrera de Clichy entró en el restaurant del viejo Virgilio. Había una especie de impulso misterioso al cual obedecía aquel hombre sin comprenderlo.

Una vez en el restaurant, pidió los mismos platos que la noche del crimen. Después de la comida se fué a la estación Saint-Lazare y tomó el tren. A la media hora bajaba en la estación Rueil. Y maquinalmente siempre, inconsciente, como si se encontrase bajo la presión de una voluntad desconocida, iba a pasearse alrededor de la casa del crimen, una modesta propiedad de las cercanías de París, pequeña, mezquina y ridícula, con jardín diminuto. Ya no era una casa, era la casa. Latían con fuerza las sienes del desventurado. Una fiebre ardiente le estremecía todo el cuerpo. Continuaba pasando y repasando por delante del rejado, queriendo ver, pero temiendo ver al mismo tiempo. Una hora duró aquello. Al cabo abandonó sus contemplaciones y se dirigió hacia el puente de Rueil.

Era una soberbia noche de Junio: una brisa deliciosa invitaba a la contemplación; era una de esas noches en que los enamorados van a soñar bajo el espeso follaje; las aguas del río corrian alegres reflejando un cielo esquisito. Bernardino, acodado en el puente, sentía que crecían sus terrores. Era víctima de una alucinación espantosa. No veía los esplendores de la noche, ni la alegría de las aguas. Parecía, por el contrario, que el Sena se entrecubría,

y que de su seno salía un cadáver, mostrando su livido rostro. El infeliz ya no podía tenerse en sus pies. Sus dientes castañeteaban, tenía miedo, un miedo espantoso. Necesitó una energía suprema para reunir todas sus fuerzas y huir como un loco, sin volver atrás la cabeza.

Entraba en su casa á media noche, se acostaba y se quedaba profundamente dormido como la noche anterior, y como la noche anterior, la misma pesadilla le agobiaba. Soñó con su crimen, como le habia dado vida á primera noche. Lo mismo le aconteció al dia siguiente y á la siguiente noche. Y todos los dias, á la caída de la tarde, en cualquier sitio de Paris que se encontrara, volvía á emprender el mismo paseo. Iba al restaurant del padre Virgilio, tomaba el tren, bajaba en Rueil, y vagaba alrededor de la casa. Cuando se acordaba en el puente, el Sena se entreabría para ofrecerle el cadáver de su víctima; luego, durante la noche, soñaba con el crimen, despues de haberlo resucitado en su memoria al anocheecer.

Los hombres habian podido absolverlo: su conciencia no le absolvía. Era el remordimiento en su forma más aguda: el remordimiento que frecuenta un cerebro, sin tregua, sin descanso. Una especie de désarticulación psicológica desdoblaba el alma de aquel desgraciado; para castigarlo por su crimen, que los hombres no habian castigado, despertaba en él todas las noches los mismos horribos recuerdos.

Durante el dia vagaba por Paris como un loco. Procuraba razonar y probarse á si mismo que no era culpable.

—¡Pero yo soy inocente, no cabe duda, puesto que el jurado me ha absuelto!

Nó, era culpable, puesto que su conciencia no le absolvía. Basta muy poca luz para aclarar muchas sombras. Un poco de remordimiento basta para castigar el alma más oscura. Y en la de Bernardino era inmenso el remordimiento, aunque inconsciente; no era el resultado de sus razonamientos, pero lo sentía. Todas las torturas físicas que él habia infligido á su víctima, las resentía en torturas morales. Era como una locura de que se daba cuenta durante el dia, y que le embargaba al caer la tarde.

Este martirio duró un mes. Durante ese mes no dejó de dar ni una sola noche el horroroso paseo; no pasó ni una sola noche sin que tuviese la horribosa pesadilla.

Un dia, en uno de sus momentos de lucidez, se operó en él una sublevación insensata. Vió claro. Era necesario que él acabase con su remordimiento ó que éste acabase con él. Era necesario que se estrechasen mutuamente y que uno de los dos venciese al contrario. Bernardino queria que su locura fuera completa ó gozar enteramente de su razon. Y abriendo maquinalmente un diario, lanzó un grito de alegría. Acababa de leer las líneas siguientes, en la sección intitulada *Courrier des coulisses*:

«Hoy, á la una y en el teatro de las Fantaisies-Parisiennes, lectura, á los artistas, del *Crimen de Rueil*, drama en cuatro actos. Bernardino dió un salto. ¡Ah! ¿veía sus visiones por la noche cuando pasaba el dia tranquilamente? Pues bien, él encontraría el medio de acabar con su crimen. El le borraría de su cerebro, á fuerza de verle revivir delante de sus ojos.

Una hora más tarde llegaba al teatro de las Fantaisies-Parisiennes. El director, el célebre Chesner, estaba á punto de zozobrar bancarota. No sabía qué hacerse. En aquel mismo instante se lo decía á su sócio:

—¡Palabra de honor! es como para dudar del arte francés. Pongo en escena *vaudevilles* que ya ha aplaudido el público veinte veces, y me encuentro con que ya no quiere más! Pongo en escena *féeries*, cuyos secretos voy á buscar en Londres, y me encuentro con que el público no quiere todavía! Pues bien, voy á tentar lo nuevo, haré representar un drama de la vida real. Perfectamente: *El Crimen de Roueil*. No tiene nada de literario: eso producirá dinero!

Apenas habia acabado su última frase, cuando uno de los mozos del teatro fué á decirle que el señor Bernardino Morel queria hablar con él.

—¿Bernardino Morel? ¿Quién es Bernardino Morel?

—Qué sé yo, murmuró el mozo.

—Es quizás el que ayudó á cometer el crimen, se aventuró á decir el sócio; el acusado que han absuelto.

Al oír estas palabras, el director se quedó con la boca abierta. ¿Iba á sonreírle la fortuna al fin? ¿Bernardino Morel, uno de los tres famosos asesinos!... Interrumpió de pronto aquella explosión de júbilo. ¿Si iría á protestar contra la exhibición del crimen en las tablas?

—Que éntre, dijo.

Al penetrar en el gabinete del director, Bernardino se sentía muy turbado. Se preguntaba cómo le acogerían. ¿Qué iba á proponer, en suma? Que le permitiesen dirigir los ensayos á él mismo, mostrar exactamente cómo habia sucedido todo.

Iba con el fin de ver representar tantas veces *El crimen de Roueil* de la ficción, que el crimen de Roueil de la realidad se borrara al cabo de su cerebro enfermo. ¿Aceptarían su idea? ¿No la rechazarían? Bernardino no sospechaba ni remotamente que el director de las Fantaisies-Parisiennes le veía caer en su casa como un salvador.

En verdad el célebre Chesner y su socio se sobrecogieron al verle allí. Bernardino Morel no era un hombre, sino la evocación de un ser espectral. Se le hubiera tomado por un personaje de Edgar Poé con vida real. Los vestidos del desgraciado flotaban en su cuerpo, como flota la ropa que se ha secado ya sobre una estatua de barro endurecido. Pero la emoción no duraba mucho tiempo en un escéptico declarado como Chesnel.

—¡Cómo, Ud. por aquí, Bernardino Morel!... Tiene Ud. buena cabeza... Yaya que sé lo que me va Ud. á proponer; asistir á los ensayos. Es decir, que Ud. quiere ver de cerca á las actrices; vamos, buena pieza.

Bernardino Morel estaba estupefacto, sin comprender, atónito de la trivialidad cínica del director. Este prosiguió, con su aire jovial de *voleur d'acier* de buen fondo:

—Convenido; le contrato, Ud. dirigirá los ensayos; Ud. nos indicará todos los efectos. El dia de la primera representación, por la mañana, le daré á Ud. un vale de dos mil francos por su trabajo. Pero me reservo el derecho de hacer con su nombre un reclamo enorme para la pieza. No me lo agradezca, no vale la pena. Le llevarán á su casa el contrato para que lo firme. Le prevengo que estipulo en él una multa de cincuenta mil francos por falta de cumplimiento. Hasta mañana. A las doce hay ensayo.

Bernardino se marchó, asombrado, estupefacto, cayendo de lo alto de sus espantos en medio de la indiferencia de la vida de teatro. ¿Pertenece á la misma raza que él el hombre con quien acababa de hablar? Era posible que le recibiera de aquella manera á él, á un asesino? ¿Era posible que le hablaran de aquella manera, á él un ser roído por los remordimientos?

Concluirá.

Mis Amores

(A CAVESTANY)

(Conclusion — Véase el número 17)

XXI.

Aguas, hojas y pájaros cantores
Me acuerdan los afares de la vida,
Con sus vários y múltiples clamores.

Miro la paz del alma apetejada
En la fuente que muda se dilata,
Quedándose en el lago adormecida;

La ambicion que à los hombres arrebatada,
En el estruendo y en el polvo vano
Con que viene à morir la catarata;

Y el batallar del pensamiento humano,
En el constante hervir y en el eterno
Bramar y rebramar del Oceano.

Cuando aparecen en el broto tierno,
Escucho en los rumores de las hojas
La voz del niño y el cantar materno;

En el otoño, ya sin sàvia y rojas,
Las oigo que murmuran del destino,
Y me lloran tristes congojas

Cuando van à merced del torbellino,
O el haz inmenso de apretada leña
Las barre, despiadado, del camino.

El duro traquear de la cigüeña
Imita los ruidos del trabajo
Y el sonoro pisar de la almadreña;

El codicioso afan habla en el grajo,
En el mirlo la burla descarada,
Y en la fiel golondrina el agasajo.

Contrastan del pinzon con la balada,
Del mochuelo el pronóstico que aterra
Y el llanto de la tórtola cuitada.

Es del gallo el cantar grito de guerra,
La alondra entona la oracion más pura
Que al cielo se levanta de la tierra,

Y el ruiseñor, oculto en la espesura,
Llena la triste noche de armonia
Y el corazon humano de ternura.

XXII.

Sencillez, majestad, gracia, poesia
Adonde quiera que à mirar acierto;
Moviendo por igual mi fantasia

Las mudas soledades del desierto,
La sublime altitud de las montañas
Y de huracanes y olas el concierto,

Que el gárrulo murmullo de las cañas,
El prado que de fértil hace alarde
Y el calor patriarcal de las cabañas.

Tan hermoso hallo el sol cuando en la tarde,
Cansado de su altura y poderio,
Lento declina y sin fulgores arde,

Como al surgir con indomable brío,
Limpiando de vaporés el ambiente
Para verse y quebrarse en el roelo.

Y tanto cual la risa de la fuente,
Las auras ledas, el azul sereno,
Y el canto de las aves elocuente,

Amo la tempestad, en cuyo seno
Los vientos chocan, cuájase el granizo,
Fulgura el rayo y se revuelve el trueno.

XXIII.

Mas no hay belleza, majestad ni hechizo
Que tanto me fascinen cual las glorias
De la patria, que adoro y divinizo.

Llena mi mente está de sus memorias,
Lleno mi corazon de amor por ella,
Cual la tierra y el mar de sus victorias.

Mas ¡ay! que al evocar la edad aquella
En que sus hijos, grandes y viriles,
La hicieron fuerte, respetada y bella;

Y al verla hoy presa de congojas miles,
Los grandes sabios charlatanes hechos,
Y los caudillos mercaderes viles;

Sin fè las almas, sin valor los pechos,
La honra sin culto, bárbaro el idioma,
Y los altares de Jesús deshechos,

Del Dios imploro que los vicios doma,
Que arroje sobre tanta villanía
Las llamas que arrasaron à Sodoma.

XXIV

¡Quièn hubiera logrado ver el dia
En que el fiero leon de nuestro escudo
Los campos castellanos recorria,

La crin revuelta y el mirar sañudo,
De ira en la boca sanguinosa baba
Y desgarrando con zarpazo rudo

El corazon de la morisma brava,
Que huyendo de la muerte con espanto,
A los desiertos libicos tornaba!

Escarmiento de infieles y quebranto,
Los persiguió en Orán y hasta en las olas
Del golfo alborotado de Lepanto,

Y anheloso de luchas y aureolas,
Y hallandó à sus hazañas poco grandes
Los lindes de las tierras españolas,

Clavó sus garras en Italia y Flandes,
E hizo de asombro enmudecer la tierra
Al rugir en las cumbres de los Andes.

XXV

Mil veces con amor pensé en la guerra,
Como vivo cauterio al ocio blando,
Que de los pechos el valor destierra,

Y otras mil veces me dormí soñando
Que el polvo de la muerte sacudía
En la tumba el Apóstol venerando,

Y en pro y en honra de la patria mia,
Requiriendo el brindón y la armadura,
A combatir magnánimo volvía.

Levantarse le vi en la sepultura,
Y recorrer del templo el laberinto
En el silencio de la noche oscura,

Medrosos retumbando en el recinto
De su paso el rumor, y el resonante
Crujir del hierro que llevaba al cinto;

Después, en fortaleza semejante
Al ariete que el muro desportilla,
Desencajar la puerta rechinante,

Y echar, al fin, á su corcel la silla
Y al grito de «Santiago y cierra España!»
Lanzarse hácia los campos de Castilla.

XXVI

Iba bufando su corcel con saña,
Sobre la suelta crin floja la brida,
Turbia la vista que el furor empañía,

La cola al viento, la cerviz tendida,
El ijar palpitando con anhelo,
La ancha nariz al aire apercebida,

En su cántara, superior al vuelo,
Encendiendo los duros pedernales
Y con vigor desempedrando el suelo.

Del Santo al grito y á pisadas tales
Alzábanse los muros arruinados
De castillos y viejas catedrales,

Y los antiguos héroes esforzados
La losa sepulcral volcaban fieros,
Aun por la muerte misma no domados.

Le seguían los bravos caballeros,
Los monjes predicando la cruzada,
Y en apretados grupos los pecheros;

Y, bullendo cual mar alborotada,
Y creciendo en caudal, la muchedumbre
Corría tras del Santo desalada,

Quien, de un monte subiendo á la alta cumbre,
Con la viva aureola de su frente
Encendió á España entera en clara lumbre.

XXVII

Y en torno de él llegaron de repente
Los del Salado y Navas de Tolosa,
La cruz por guarda al corazón valiente;

El Cid, cuya epopeya portentosa
De los siglos resiste á la balumba,
Y enciende toda sangre generosa,

Y aun cubiertos del polvo de la tumba,
Guzmán, en patrio amor sin semejaute,
Y el no igualado capitán de Otumba.

Dando celos al gran Carlos de Gante
Allí Cisneros, tras la férrea cota
Ocultando la púrpura brillante;

Con los suyos Colón, que en débil flota
De no surcado mar venció la saña,
Un mundo hallando al fin de su derrota,

Y entre innúmeros héroes por compañía
La reina más grandiosa entre los reyes,
La primera Isabel, madre de España.

Allí el Rey Sabio promulgando leyes;
Teresa con sus vivas oraciones
Al Divino Pastor llevando greyes;

Herrerías y Riojas y Leones
En fe, piedad y bélico entusiasmo
Encendiendo los patrios corazones;

Quevedo hiriendo el mal con el sarcasmo,
Calderón inundando en luz la tierra,
Y Cervantes llenándola de pasmo.

De nuevo el grito resonó de guerra,
Retumbando, en mil tonos repetido,
Por las cóncavas hoces de la sierra;

Rompió la muchedumbre en un rugido,
Rechinó estremecida la armadura,
Vomitó la bombardas su estampido,

Y á estruendo tal, la realidad impura
De la España del logro y la miseria
Desvaneció mis sueños de ventura.

XXVIII

Hoy patria, y honra, y Dios, todo se feria;
Y ¡ay! donde vierte su ponzoña el agío,
Se extiende corrosiva la laceria.

Indiferente al público sufragio,
Siempre sea tu hogar un mundo aparte,
Donde vivas seguro del contagio;

Y las horas aligeras comparte
Entre la paz del nido que te has hecho
Y los goces dulcísimos del arte.

A soberbia ambición no abras el pecho,
No sea que, abrasado por su lava,
Insomne te revuelques en el lecho.

La más grandiosa condición y brava,
Como el fuego que vivo nos deslumbra,
En humo empieza y en ceniza acaba.

Más si de dulce y pálida penumbra
La suerte amiga, por honesto modo,
A las regiones de la luz te encumbra,

Sé en todo grande, como puro en todo;
Que sólo los infames ó insensatos
Arrastran su grandeza por el lodo.

No calme generosos arrebatos
En ti la ingratitud; que de los hombres
Es el mejor el que hace más ingratos.

Para herirte el inlcuo, no te asombres,
Recogerá del suelo las espinas
Cuando de rosas su camino alfombres;

Y si del bueno esperas, desatinas;
Hoy habla la bondad quedo, muy quedo,
Y la envidia y la infamia con bocinas.

En la sierpe engañosa está el denuedo,
El leon de la verdad, amordazado
En estrecho cubil tiembla de miedo.

XXIX.

El Arte, que fué siempre immaculado
Como la nieve, y tuvo à vanagloria
Ser, como el ángel del amor, alado,

Hoy adrede se arrastra por la escoria;
Y Apolo, en vez de conducir seguro
El coro de las musas à la gloria,

Sin estro ya y el corazon impuro,
En campo de inmundicias apacienta
La clinica manada de Epicuro.

Quien en sus obras la maldad fomenta,
Y en soez blasfemia contra Dios estalla,
Y la impudicia por blason ostenta,

Turba de necios y malvados halla
Que genio le proclamen al ruido
Del apláuso brutal de la canalla.

¿Juzgas por siempre el público perdido?
Ya el Hércules vendrá que le contunda
Y à su carro triunfal le lleve uncido.

Más potente es la bestia furibunda
De los circos, y al trueno de las hondas
Rinde ánimo y cerviz à la coyunda.

No se logra ser genio echando sondas
En las conciencias lóbregas è impuras,
Para hallar y mover heces hendiondas.

¿Y qué hallar en el fango y yendo à oscuras?
El genio sólo es genio cuando asciende
A conversar con Dios à las alturas.

KXX.

¡Oh Dios! El rayo vengativo enciende,
Y ciega la memoria que te olvida,
Y abrasa el labio impuro que te ofende,

O libra del tormento de la vida
A quien pone en tu gloria sus afanes,
Y negada la ve y escarnecida.

¿No te obedecen ya los huracanes,
Ni el rayo vibras, ni la mar revuelves,
Ni haces hervir el fuego en los volcanes?

¿Por qué nos abandonas; y no vuelves,
Por tu templo, que al golpe se desquicia
De los malvados, que, inactivo, absuelves?

Mas detén, Padre mio, tu justicia;
Que al increparte soy más temerario
Que el mismo que te niega è maleficia.

¿A quién fué el mundo nunca tan contrario
Como à Ti, que naciste en un pesebre
Y acabaste en la infancia del Calvario?

Dame alientos, Señor, con que celebre,
Antes que tus justicias y rigores,
Tu dulce gracia mi amorosa fiebre,

Mas haz que contra todos los rencores
Hallen en Ti seguro baluarte
Patria y Hogar, Naturaleza y Arte,
Que son, después que el Tuyo, mis amores.

JOSÉ VELARDE.

PASATIEMPO

P OÑA Juana es una señora de bastante edad, à quien molesta la indiferencia de su esposo. La doncella, de acuerdo con su ama, trata de dar celos al marido.

—¡Señor! ¡señor!—le dice;—si entra Vd. ahora mismo sorprenderá à mi ama quemando unos papeles.

—Comprendo lo que será,—responde el señor con mucha calma;—estará quemando su partida de bautismo.



Un amigo mio fué à la plazuela de Santa Ana à comprar un loro.

—¿Tiene Vd. un loro que hable mucho?—preguntó al pajarrero.

—Todos los de mi casa hablan mucho y bien.

—¿Serán muy caros?

—Hay que pagarlos, caballero; pero no son loros los que venden; son oradores emplumados.



La cocinera Petra se despide de su novio hasta el día siguiente.

—Cuando estés en la calle—le dice—avisa y bajaré.

—Bien, daré unas palmadas.

—No; da un silbido, que à esa hora estará mi amo leyendo una comedia.



Un coronel de coraceros muy forzudo y que tenía una mujer hermosa, aunque algo madura, sorprendió à un jovencito arrodillado delante de su esposa.

El coronel, furioso, levantó en el aire al pretendiente y salió con él en brazos, diciendo:

—No quiero estrellarle à Vd. dentro de mi casa.

La mujer quedó aterrada. Media hora después volvía el coronel: la señora se arrojó à sus brazos, exclamando:

—¿Qué has hecho, qué has hecho? Era inocente ese chiquillo.

—Tranquilízate,—repuso el coronel;—le he metido en el torno de la Inclusa.



Decía un joven hablando con Fontenelle, que las ocurrencias felices, los dichos agudos, no eran prueba de ingenio, sino efecto de la casualidad.

—Es cierto, replicó Fontenelle, y también es otra casualidad que no se les ocurra ninguna a los tontos!



—¿Cómo es que el viento es más frío en el invierno que en el verano? preguntaron a Calino.

—Porque nadie le permite entrar en su casa, respondió éste, y le dejan en la calle.



Una dama, célebre por sus extravíos de amor, decía, ya en la edad proveyta:

—Me he retirado a cuarteles de invierno.

Y alguien observaba:

—Note V., qué mujer!...—se ha retirado a los cuarteles. Nó puede pasar sin hombres.



Conversacion en el muelle de Málaga:

—¿Cómo! ¿Usted ha ganado cinco millones en el comercio de pieles? Me admira usted.

—Sí, señor, en el comercio de pieles, solo que dentro de estas había negros.



Una señora ha tomado a su servicio a una doncella, que tiene la pretension de hablar muy bien.

Un día que peinaba a su señora, le dice:

—¿Qué hermosos cabellos!

—¡Oh! ya no valen nada, contestó la señora; era preciso verlos cuando yo era joven.

—¡Ah! comprendo, respondió la doncella; en la edad *adúltera* el cabello se cae fácilmente.



En un tribunal (Juicio oral y público):

Juez:—Acusado ¿cuántos sacos de patatas confiesa usted haber robado a su vecino C.?

Acusado:—Siete, señor Presidente; dos el lunes y tres el mártés.

Juez:—Pero eso no suma sino cinco sacos.

Acusado:—Sí, pero me propongo ir por los otros dos en cuanto me vea libre.

SOLUCIONES

DE LOS JUEGOS DE INGENIO PUBLICADOS EN EL NÚMERO 17

FUGA DE VOCALES

¿Qué siento en mí? ¿Alma mía, donde has ido que al volver, con tu luz me has deslumbrado, que el profundo dolor de mi pasado como un sueño fugaz huyó al olvido?

FUGA DE CONSONANTES

Las bondas emociones que he sentido, las lágrimas amargas que he llorado ¡todo, todo acabó! ¿Si habré soñado durante el largo tiempo que he vivido?!

FUGA DE UNA LETRA SI Y OTRA NO

*¿Qué es hoy de mi angustiada pesadumbre,
ante el arco que mi pecho encierra?
¡oh ventura! ¡Los cielos y la tierra,
se confunden en ráfagas de lumbre!
¡Todo sonríe ya! ¡Nada es sombrío!
¿Esto es amor, es esto amor, Dios mío?!*

Una Floridense, Mosquitos, y Catre enviaron la solución de la fuga de vocales.

PROBLEMA DE AJEDREZ

Blancas		Negras
T toma P		P toma T
D 2 TR		Cualquiera.
D 7 AD (mate)		
	1. ^a Variante	
T toma P		A ó C toma C
T 3 D (jaque)		Cualquiera
D 8 R (mate)		
	2. ^a variante	
T toma P		R 2 D
T 3 AD		R 3 A
C 5 R (mate)		
	3. ^a variante	
T toma P		A 4 C
T 8 R (jaque)		R 2 D
C 5 R (mate)		
	4. ^a Variante	
T toma P		C toma P
T 3 D (jaque)		C 3 D
D 8 R (mate)		

El Duende, y Eduardín, remitieron la solución.

El primero nos hizo saber que oportunamente nos había enviado la solución del problema publicado en el núm. 16, y que sin duda se ha traspapelado en esta imprenta.

CHARADAS

1.^o *Petróleo*—2.^o *Timorato*—3.^o *Tomate*

Las tres fueron descifradas por Trueno y las dos primeras por Una Floridense.

GEOGLÍFICO N. 17

Haz bien sin mirar a quien

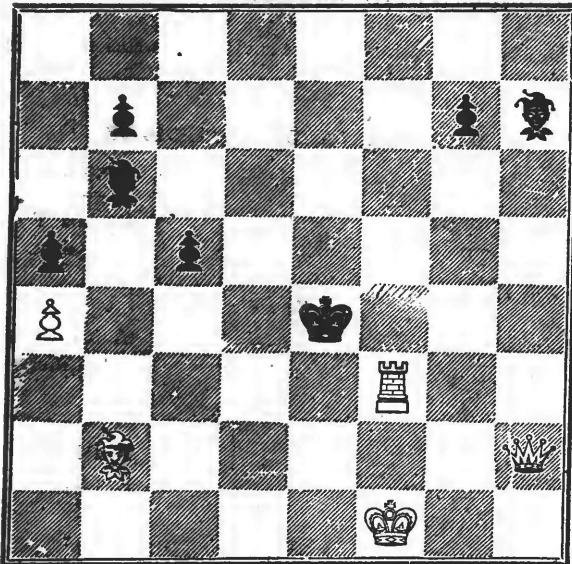
Saritz, S., Una Floridense, Trueno, Velay, Chiquitín, y Forzudo nos remitieron la solución exacta.

FUGA CAPRICHOSA DE LETRAS

N.—.ré—.s—a.—.rm.n,—.u.—i..ev..e.te,
i.nt.a.—e.—p..re—ur.—p.dic.b.,
.o.—on—.l—in.i.te.c.—l.—m.r..a,
Q.—.l.—.o.ó—e.—ue.—p.d.—.es.—.nf.e.t.
—N.—á—.er.—.D..s,—e..la.a—d.—rep...e,
..g.ic.—v.en.—á—.a—i...sia;—.—s..al...
Há.i.—e.—.nc.—en—q.—y.—en..do—e..ab.,
.u.tá.do—de.o.i.n.—.m..h.—.nt.
—l.—.e.—.v.ng.—.or., .ued.—ar..ar.e,
El—.ra—...t.l.—ra—ep..ia,
..e,—.or—p..o,—p.—.oc.—l.eg.—.ah..ar.e

Y.—.n.é, —.lg.n—o.ro—pe..ar.a:
 .i—h..e.os—...q...é...ce,—a—á—...da.se
 L.—.ant.—.sa—...—S.ñ...—v..i.

**Problema de Ajedrez por A. B. C.
 NEGRAS**



BLANCAS

Las blancas juegan y dan mate en cuatro jugadas.

CHARADAS

Prima dos en Inglaterra
 Gladstone el gran estadista,

Y entre los dos y primera
 Es el que más significa.

De bestias de cuernos es
 Hacer *tercera* y *segunda*,
 Y *prima tres* te lo digo
 Por no dañar lo que abunda.

Adan solo no ha pasado
 Por el trapce de *dos tercia*
 ¿Más señas?—No te las doy;
 Busca en mi todo una yerba.

O T R A

Quien *tercia* un *todo* merece
 De *dos prima* ser comido!
Tres cuatro no más, y al punto
 Recibirás el castigo.

O T R A

Cinco veces mi *primera*
 Forma *segunda* y *total*
 Que si no aciertas con esta
 Debes ser muy animal.

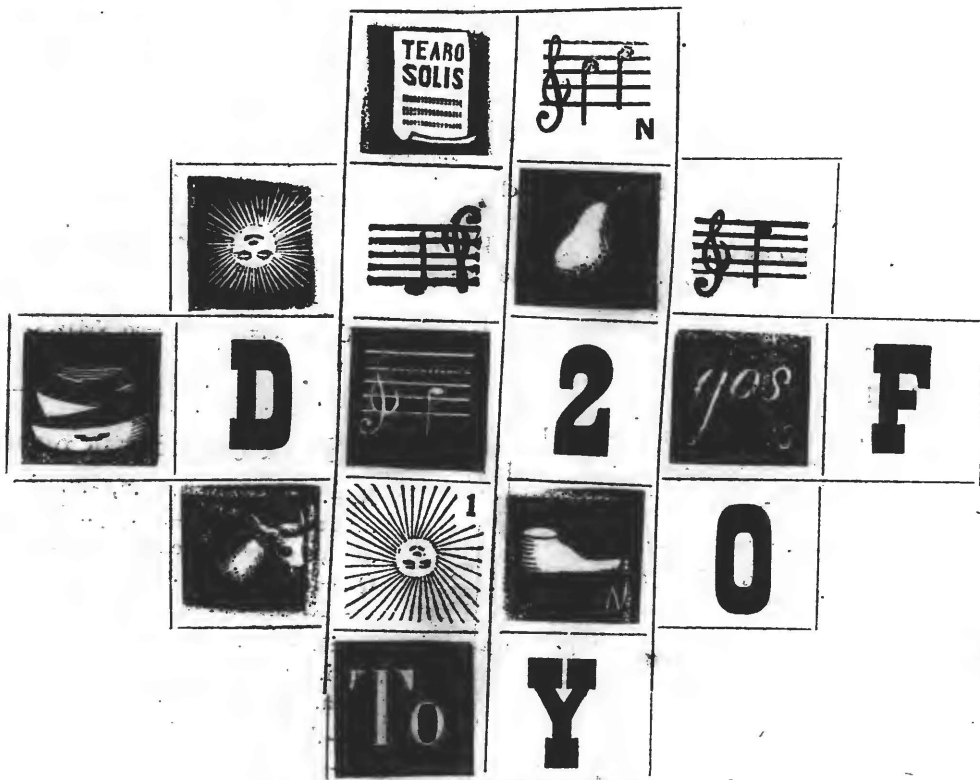
O T R A

¿*Segunda* te gusta el *todo*?
 Pues *prima* eres repetida
 Porque con él ya tendrías
 Para vivir sano y gordo.

PALABRAS DESCOMPUESTAS

RTTPMEAO—RZSMTABOU—IUBNRT—UOLTSN—

GEROGLÍFICO NÚMERO 18 Y SALTO DE CABALLO



Empieza en la casilla núm. 1 y termina en la casilla núm. 18.